

Nadie se muere en la víspera*

Eugenio Núñez Ang



Nadie se muere la víspera ni nadie se muere del todo, aunque si de morir se trata pues todos los caminos llevan al mar que es el morir, "o al menos dormir, aunque sea un rato, sin soñar por el amor de Dios".

Entre morir un poco y morirse y ni siquiera darse cuenta porque se es el más jodido de la tierra o porque de "tan flaco, cuando se doblara se iba a romper" o porque con sólo "la palabra *toco* (que) es al póquer lo que la negación del recurso de apelación en una sentencia de muerte", se aspira a "Dormir sin soñar"; porque esas pequeñas muertes cotidianas no son sino meros entrenamientos para el momento de la gran muerte, de la muerte verdadera o de otras muertes fingidas de las que luego ni nos damos cuenta porque llegan así, de repente, y a veces ni siquiera nos damos por enterados.

Morir, dormir, soñar, han sido temas, motivos o asuntos de la literatura universal y han aparecido en la literatura mexicana como elementos recurrentes que definen lo más representativo de nuestras letras. En poesía, Nezahualcóyotl, Sor Juana, Gorostiza, Villaurrutia, Sabines, Paz; en la narrativa Arreola, Revueltas, Fuentes, Vicens, Rulfo, para citar sólo unos cuantos de una extensísima nómina, nos han legado en lo mejor de la literatura nacional estos temas, y aunque pareciera difícil de igualar, la literatura más reciente ha logrado estar a la altura de sus antecesores. Prueba de ello es *Nadie se muere en la víspera* de Gabriel Mendoza.

La muerte se instala desde el título, ya como vivencia ya como metáfora se aparecerá, a lo largo de este libro, en múltiples formas. Juguetona y traviesa se muestra una y otra vez, a veces en primer plano como tema central, otras como mero recurso lingüístico; lugar común o innovación temática la muerte es dueña y señora, siempre puntual, aunque los personajes ni se den cuenta.

Sin embargo, no hay nada trágico a pesar de las tragedias cotidianas, a pesar de cse pasarse la vida con el dolor a costas, con el sentimiento de la nada existencial o con la desesperación de no cristalizar los sueños, de mantenerse en el poder o de, al menos, poder mantenerse.

Hay en Gabriel Mendoza un estupendo manejo de las historias que está contando. Cada uno de sus personajes vendrá a representar un pequeño mundo en el que no se aspira a la grandeza aunque llegue a rozárselo, tangencial e imperceptiblemente, porque cada quien vive en función de sus deseos, de sus anhelos tan magníficos como sus sueños se lo permiten. Por ejemplo, la tía Consuelo se desvive por cantar "Desesperación" como María Luisa Landín; Patricio Salas vive para vengarse de su mediocridad en Ofc, llevándosela a "dormir a su cuarto de vecindad. A ver qué siente de pasar la noche en un lugar realmente miserable..."; el Gobernador Terrazas sobrevive con tristeza a la pérdida del poder, sobre todo porque "Dejar de inaugurar la temporada de futbol será como una puñalada en las aspiraciones, porque desde joven atesoraba un sueño que no le fue concedido: ser estrella del balompié"; Apolinar,

al que sólo le interesaba "ganarse unos centavos", al irse de bracero "la fuerza del recuerdo triunfa" y su natal Janamutato se le hace presente como el paraíso perdido ante la inminencia de la pena de muerte. O el personaje de "La lluvia que borra los caminos", con su deseo de "dormir sin soñar y descansar y olvidar(se) de Sofía, de Morelia, de esta mugrosa noche. Quería despertar a la mañana siguiente con la sensación de que nada ha pasado o que ha pasado todo, lo peor, pero no lo ha sentido...". Dolores, sueños, alucinaciones, estados depresivos a los que ningún médico atina en su diagnóstico y para colmo "el pinche psiquiatra con sus mamadas: que si los dolores eran ficticios, que si él los inventaba para llamar la atención (...) ¿Cómo iba a ser de mentiras si se lo estaba llevando el carajo?".



1
G. Trilla

Eugenio Núñez Ang. Licenciado en Letras Españolas por la UAEM y Maestro en Administración Pública por la Universidad del Sur de California. Ha publicado diversos textos, entre ellos, *Didáctica de la lectura eficiente*.

“Ah, cabrón –se dice. Si yo estaba en un autobús”. El presente del personaje son sus dolores de cabeza y sus recuerdos. Borrar los unos y los otros es su deseo más apre-

En “La bestia blanca”, el “futuro luminoso” que anuncia una barda de propaganda del partido socialista, le hace recordar al personaje que “Somos la clase media jodida tirándole a clase alta jodida”. Roberto “hubiera dado lo que le pidieran por tenerla junto. Aunque fuera un ratito. Solamente para abrazarla y tratar de revivir viejos tiempos (...). Quería tenerla a su lado para saber si había sentido algo por él, que ya estaba medio panzón y seguía sacando lana de donde hubiera porque lo jodido no se quita con facilidad. Quería llevarla al cine de vez en cuando y comer esquites en la Alameda y tratar a toda costa de ser feliz”. Trabajar de mesero, no tener coche (“La Coquis lo hubiera pelado si el Impala hubiera sido suyo”), pero sobre todo que “ojalá la distancia sepultara los recuerdos”. Ni el encuentro con unos judiciales en el que

El pasado se hace presente para darnos información sobre la vida familiar del per-



sonaje y, asimismo, relacionarse con otra de las historias del libro, misma que el narrador se adjudica como autor, este cuento es "Domingo de viuda", el cual, por cierto, encuentra en este "Metro Insurgentes" respuesta a algunas interrogantes planteadas sobre ese domingo familiar. Otro recuerdo es la puesta en abismo de otro relato contado por una amiga del narrador, Marta Papadimitrio que "vive en el perpetuo terror de que, en alguna de esas aglomeraciones (en el metro), le levanten la falda, le arranquen la ropa interior, y le demuestren que no está casada con el hombre de su vida".

Otro recuerdo memorable es el de la presentación de un libro, esto nos conecta con la realidad real a través del encuentro con otros escritores reconocidos como Gerardo de la Torre, Rafael Ramírez Heredia o Hernán Lara Zavala.

Este juego de tiempos encuentra en los epígrafes-noticias un correlato que podría investigarse hemerográficamente para determinar la viabilidad temporal señalada allí. El hecho ocurrido, marcado por el "hoy" recurrente como tiempo determinado frente a otros descritos como "tiempo indefinido", "al mismo tiempo", "dos mil años de antigüedad", "hace más de dos años", "ayer", "al filo de las ocho de la mañana", a lo largo de la narración. Precisamente ese "ayer", a diferencia de las anteriores noticias que se marcan dentro de un "hoy" de la noticia, vuelve ambigua la correlación del hecho narrado que se desfaza en toda la historia para acentuar la intemporalidad de la locura o de la muerte del personaje.

En "Metro Insurgentes", el inicio de la narración establece: "Para empezar por el final", y ese final puede ser la muerte o la felicidad o la locura, aunque "estar chiflado también aburre". El posible suicidio anunciado en el epígrafe-noticia y el *racconto* de la semana, incluyendo los *flash-backs* nos plantea un elemento recurrente en todos los cuentos: la apertura de los textos, la posibilidad de lo uno o lo otro.

Aún la muerte como final del juego se abre a la posibilidad de ser o de seguir siendo ya en otra dimensión, ya en el conocimiento o desconocimiento de ese hecho vital. La muerte se manifiesta como una de las constantes de todos los relatos. Como deseo, como realidad, como posibilidad o metáfora.

Por ejemplo, como deseo de la muerte propia: "Quien pudiera morirse hasta que se borrarán el dolor de cabeza y los recuerdos". O también de la ajena: "...algún día tendría que encontrar (a Alondra) y preferiría que fuera ahora y no cuando estuviera casado con una gorda exasperante y posesiva. Ese sí sería un martirio, tendría que asesinar a la gorda para irme con Alondra".

Como realidad indiscutible: "Era como si se hubiera muerto muy a gusto". "Cualquiera pudo agarrarlo (un cuchillo de carnicero) para darle velocidad al viejito." Esta muerte en la que el difunto "seguiría muy calladito en su cama" también se anuncia en argot policiaco como "una treinta y ocho en cinco". Junto al viejo morirá también un perro: "al levantar el mantel descubrieron al can en posición yacente. Era como si se hubiera congelado a mitad de un paso de rockanrol". Esta presencia de la muerte suele ser tan frecuente que en "la casa de los Escobares ostentaba por encima de la puerta el mismo moño negro de siempre. Según doña Elodia, la vecina, estaba ahí a diario para evitarse el trabajo de po-



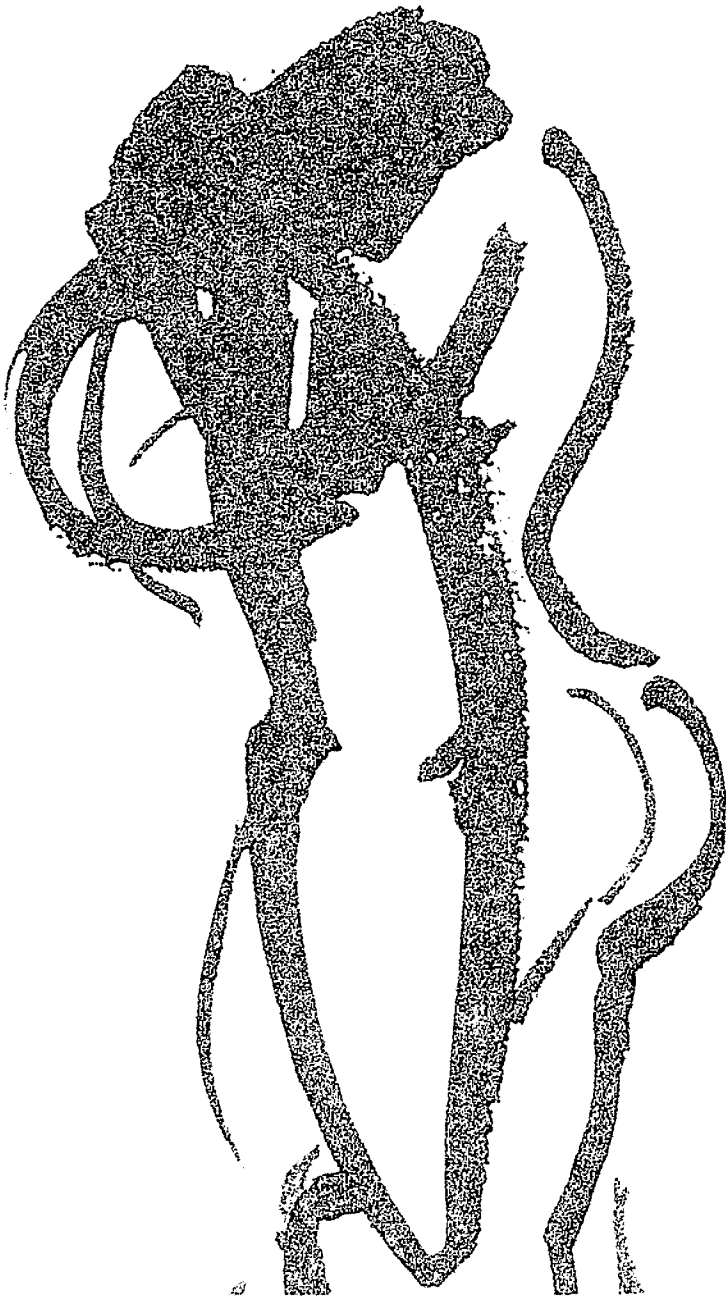
nerlo todas las veces que les mataban un pariente. Eran muchos y acostumbraban morir de bala”.

Esta muerte real aparece como suicidio cuando “un hombre joven se lanzó al paso del convoy con la evidente intención de suicidarse (...) aún no se ha encontrado el cuerpo del suicida”. O bien en el “Domingo de viuda”: “¡La muerte de Ernesto! –reclamó la tía Tila con acento sepulcral (...) El caso del tal Ernesto distaba de hacia cuarenta años, pero todo indicaba que no había apagado en el rescoldo de la memoria familiar. Resulta que el susodicho fue un pollo tlacotalpeño que cortejaba a las tres hasta que acabó por preferir a mi abuela. Fueron novios una semana pero ella le dio calabazas y al pobre lagartijo no se le ocurrió un mejor recurso para llamar la atención que suicidarse”.

Como metáfora, la muerte abunda en este delicioso libro de Gabriel Mendoza. Basten algunos ejemplos: “se hubiera muerto de hambre vendiendo seguros de vida”; “eso lo obliga a sentirse más solo que un ahogado en alta mar”; “nunca le han puesto ni una vil maceta con hojas verdes, siquiera para demostrarle que todavía hay vida sobre la tierra”; “Cuando mi tía María Esthela dijo *toco* se acabó el mundo”; “la vida no vale nada... la muerte no vale nada”; “la situación estuvo a punto del suegricidio”; “Los muertos y los ex-funcionarios a los tres días apestan”; un poco antes de entregar el poder: “Dentro de media hora participará en un funeral político”, cuando el bebé se pone a llorar: “Daniel dio una guerra nocturna de terror” ya anteriormente había descrito el llanto de un niño abandonado: “el sonido en cuestión, para describirlo de algún modo, era como la plegaria de un gato enamorado y ya fallecido que invocara a sus amadas desde la eternidad”, “la presentación (de un libro) resultó ser el mejor velorio al que he asistido; en esta presentación, “los conferenciantes recordaron para el público los combates de inmolación en las guerras generacionales del 68. Hablaron de sus fiestas en honor del parricidio...”. “Si lograba resistir un día más, pasar el viernes, estaría en libertad para disponer de mi vida para decisiones importantes como la criminalidad o el suicidio”. En cuanto a Alondra, “no poseerla era como morir de sed frente a la Cervecería Modelo”. En fin, un extenso florilegio sobre la muerte, que podríamos seguir citando pero que más vale enviar al lector al texto original.

La muerte resulta, asimismo, otro elemento digno de tomarse en cuenta en el análisis de los finales de estas historias de *Nadie se muere en la víspera*. En estos finales, la muerte es punto terminal o inicial, al abrir la historia a posibilidades de lectura, o al instaurar un sentido a lo narrado. Por ejemplo: “La lluvia que borra los caminos” concluye con una exclamación que nos conduce a la duda misma del personaje: “¡Ay, cabrón, yo creo que ya me morí y no me he dado cuenta.” El cambio de voz narrativa dentro de la historia: “Toda su atención se concentró en rebasar a sus apuestos compañeros de viaje y en *sentarme* un rato, aunque sea en los asientos de atrás, no importa, nomás un ratito siquiera. Dormir sin soñar y descansar y olvidarme de Sofía...” (los subrayados son míos), más los dolores de cabeza, las alucinaciones y la posible locura del personaje lo asemejan al personaje de la historia que cierra “Metro Insurgentes”, lo cual le da una circularidad al texto a través de un viaje que empieza y que no termina nunca.

“Nadie se muere en la víspera” anuncia en un final, igualmente ambiguo, la confusión de sentimientos de Apolinar ante la posibilidad de la pena de muerte: “Fuera de eso (el miedo a que haya ratas en la cárcel), tanto como sentir, lo que se dice sentir, no sentía nada”. Sin embargo esta pena de muerte es tan incierta como lo anuncia el mismo título o como le confiesa uno de los policías ante la pregunta “¿Y cómo es la pena de muerte?”: “...Te inyectan, tal vez. Pero no. Todavía no se puede apelar al...”



La interrupción, el diálogo en inglés entre los policías de lo que Apolinar deduce que “debían llevarlo a algún lado”, dejándole al personaje y a los lectores suponer varias posibilidades tanto sobre el juicio como la ejecución o castigo.

“Miradas que matan” nos deja igualmente en la duda con lo que le pasa al ciego que ha sido abandonado al peligro: “Se la van a pagar todos, (se regocija Patricio Salas, personaje de este cuento) como se la pagó el ciego, que nomás peló los ojillos –si es que podía pelarlos– cuando le soltó la mano en medio de la avenida de ocho carriles”. Es en esta posible muerte del ciego con la que Patricio Salas encontrará una respuesta a su vida mezquina, a su futuro sin salida.

En “Renta congelada”, el final deja en tela de juicio ya no la muerte del personaje sino la forma en que murió: “Silverio Cavazos sonrió y se despidió. Tal vez doña Cloti no sabía que en la lámpara tenía una fuga, o el viejo don Luis se murió de una borrachera. Las pruebas de laboratorio lo revelarían. Pero, por lo pronto, le reconfortaba el poder seguir leyendo su Memín Pingüín todas las mañanas sin que la mugrosa vieja lo estuviera fregando. Dichoso don Luis que ya no tenía que aguantarla”.

“Domingo de viuda” establece otro final abierto. Al depender del azar, de un simple volado, determinar la suerte de un niño abandonado: que se quede o se vaya, que sea “feliz o desdichado, pobre o rico, resentido o generoso en la vida... Accedieron. Sin pensarlo mucho metí la mano al bolsillo y extraje una moneda. La lancé al aire y la vi brillar. Mientras recorría su camino de bajada a mi mano alcancé a meditar que más le hubiera valido al chamaco que lo dejaran en otra puerta. Pero, por supuesto, de ser así habríamos terminado ese domingo a puñaladas”. Esta historia encuentra respuesta en el último cuento del libro, “Metro Insurgentes”.

tes". Aquí nos enteraremos si salió águila o sol y cuál fue la suerte del chamaco o sea Daniel.

En "La bestia blanca", otro final abierto nos deja la duda sobre otra posible muerte. En un enfrentamiento con unos judiciales, el Camaleón probablemente encontrará la muerte. Sin embargo, Roberto "no pudo más. Le soltó un trancazo al de la pistola y logró arrebatársela. En cuanto vio que se le venía encima, tronó el primer plomazo. Ahí fue cuando se le antojó encender la "Bestia Blanca" y pasar por la Coquis y largarse con ella a Tijuana. Pero el problema era abrirse paso hasta el Impala".

"Olor a poder", una historia que relata los últimos momentos en el poder del Gobernador Terrazas, concluye tajante: "pero sin poder, carajo, ya no se puede hacer nada en la vida".

Terrazas se aferra al poder y si alguien lo quiere que vaya por él: "Si quieren el poder que vengan a buscarlo. Que lo obtengan en la sala de mi casa que es adonde vamos usted y yo. Porque el hombre todavía quiere construir una presa y ponerle el nombre de mi General Martín Camacho o acabar de erradicar a la oposición...". Dejar el poder es enfrentarse a la muerte en vida, cortar de tajo todos sus sueños, sus aspiraciones. Como personaje arquetípico, el último berrinche del Gobernador Terrazas anuncia la constante presencia del cacique Terrazas, porque "El se va a morir en la línea de fuego", qué carachos.

El final del último cuento es el más representativo de estos finales abiertos. Si el mismo cuento empezó por el final, este final nos remite a cada uno de los textos anteriores con los que se intertextualiza: "Hablando con franqueza, todavía no he definido si este largo viaje en el que me encuentro es la muerte o la felicidad", nos dice el narrador que ya se ha identificado como escritor, autor además de uno de los cuentos "Domingo de viuda". Este narrador se identifica así con Gabriel Mendoza, autor del libro *Nadie se muere en la víspera* en el que encontramos un cuento, "Domingo de viuda" que relata la misma historia que el narrador de "Metro Insurgentes"

se adjudica. Esta técnica especular o de puesta en abismo constante hace aún más interesante la lectura total del libro. El personaje se plantea en las últimas líneas: "Creo que debo reflexionarlo. Si es la muerte, no me queda otro camino que esperar hasta volverme a morir dentro de la muerte. Ojalá y sea pronto. El problema es que si es la felicidad, créanmelo, entonces la humanidad vive engañada porque es bastante atroz".

Nadie se muere en la víspera es el primer libro de Gabriel Mendoza, escritor nacido en Jaripo, Michoacán, en 1964. Ha colaborado en las revistas *Tierra Adentro*, *Punto de partida*, *Los universitarios* y *Talacha*. En 1987 obtuvo mención honorífica en el Premio Nacional de cuento "Efraín Huerta" y un año después resultó ganador en este mismo certamen.

Nadie se muere en la víspera es un libro que recomendamos ampliamente por varias razones: Son historias estupendamente contadas, con un manejo del lenguaje, de los temas y de los recursos literarios que despiertan desde el principio el interés por y la necesidad de su lectura. Para los estudiosos de la literatura he aquí un libro que permite múltiples análisis; para los que leen por el puro placer de la lectura, les aseguramos que van a gozar enormemente. En suma, un texto para no prestarse porque despierta el deseo de leerlo varias veces.Δ

* Gabriel Mendoza: *Nadie se muere en la víspera*. Fondo editorial Tierra Adentro. México, 1993.

